



Control económico y eficiencia

ANTONIO RODRÍGUEZ
SALVADOR



Días atrás, a raíz de que en la Gaceta Oficial de la República se publicaran varios decretos –en los que se actualizan normativas para los actores económicos no estatales–, asistí a un curioso debate que, por lo frecuente de su enfoque (o desenfoque) merece un comentario.

En cierta red social, una persona opinaba que las nuevas normas de control eran excesivas, pues no siempre los actores económicos privados podían presentar facturas u otros documentos que acreditaran transacciones.

Dadas las dificultades económicas del país, afirmaba el forista, ser demasiado estrictos va contra quienes garantizan alimentos y otros bienes al pueblo; por tanto, debería dejarse que cada cual venda lo que le parezca, sin tanta «burocracia».

Le pregunté si, por casualidad, estaba a favor de la evasión fiscal, cosa que ocurre cuando no hay suficiente control económico. Por supuesto que no, me

dijo, pero en el contexto actual sería un mal menor; a nadie conviene que sigan aumentando los precios; mira a tu alrededor: las calles sucias, faltan médicos y maestros porque no se gana lo suficiente.

Sus comentarios recibieron algunos likes, lo cual significaba que varias personas los daban por acertados. Volví a preguntar: ¿No estarás cayendo en una contradicción? Si se aplicara esa idea tuya, ¿no sería cada vez menor el salario del médico y el maestro porque los precios aumentan?

Reaccionó con una carita sonriente. Su tesis le parecía tan sensata que ni siquiera merecía respuesta. Pero yo no me inmuté y proseguí: ¿Te parece bien que, cuando vayas a la consulta del médico, además del tratamiento, este quiera venderte unos cucuruchos de maní o unos blíster de paracetamol?

Resulta que una parte de las causas de los altos precios y de la inflación es justamente el descontrol económico. Cuando no hay adecuado registro, aparte de que se generan condiciones para el robo y otras ilegalidades, ocurre una mayor evasión fiscal, con

lo cual entran menos recursos al Presupuesto.

Si el Estado no dispone de suficientes recursos, no puede subir salarios al barrendero, al médico o al maestro, ni tampoco brindarles adecuadas condiciones de trabajo: herramientas, equipos, medios de protección; entonces tendremos menos personas dispuestas a trabajar en esas funciones.

Cuando se evaden impuestos en un monto apreciable, se genera un déficit fiscal, y para establecer el adecuado equilibrio, es necesario emitir dinero sin respaldo material. Ello hace que aumente la inflación y por tanto los precios.

Ya para entonces, el forista parecía haber desaparecido de la red: no más comentarios, no más reacciones; pero yo continué: En un entorno en el que el país enfrenta un bloqueo que nos sabotea cadenas de suministros, y legítimas relaciones económicas con terceros países, no podemos darnos el lujo de propiciar el desvío de recursos y la evasión fiscal. Una economía solo puede ser eficiente cuando en ella funcionan, adecuadamente, los diversos mecanismos de control.

El duelo de los cebollinos

MADELEINE SAUTIÉ
RODRÍGUEZ



Lo que verdaderamente resultó insólito no es siquiera la inadmisiblemente estampa en la que aquel hombre agrupaba, casi con concentración mecánica, los cebollinos tirados pavorosamente en la acera, para convertirlos en mazos; sino ver a las personas comprando productos en diversas carretillas concentradas allí, sin que tal insulto, que no es posible mirar de soslayo, les produjera el menor impacto.

No, no fue un mal sueño, ni la historia hace referencia a Dante ni a Kafka. Así, como lo cuento, sobre el pavimento húmedo –huelga decir el uso y la naturaleza de las aceras–, el cebollino era todo un bulto verde que pronto quedaría dosificado para añadirlo al grupo, también sobre el suelo, de los ya amarrados.

Me acerqué, resuelta, pero con cierta sensación de que se me escucharía raro, y

apelando a su razonamiento, le pregunté si veía eso normal, si no era posible poner debajo un saco o un cartón, que lo que estaba haciendo era mucho más que irrespetuoso. Me miró con extrañeza y haló el yute más cercano. Le dije otras cosas, que rápidamente captaron la atención de los presentes, los que al instante apoyaron mi reclamo, no solo moviendo la cabeza, sino incluso expresando otros argumentos.

Demasiados problemas vivimos a diario –y tratándose de la alimentación, mucho azotan a la población carencias y abusivos precios– para que, además, algo que puede resolverse con una legítima llamada de atención quede impasible ante nuestros ojos. Exigir respeto y exigirnoslo es un ejercicio que se impone ante la falta de escrúpulo que algunos practican y toman al resto como sus iguales; y puede dar resultado. Lo digo porque pasé por allí en estos días y, sobre un saco extendido, el hombre ataba cebollinos y los convertía en mazos.

Los hijos y el tiempo

LESLIE DÍAZ MONSERRAT



Su rostro descubre la edad. Posee rasgos infantiles y cualquiera puede advertir que, si acaso, acaba de cumplir sus 15 años. Tendría que estar con sus amigas, o haciendo las tareas, pero ha pasado la mañana en la consulta de Genética. Su abdomen, abultado, delata que dentro de una niña, otra criatura crece. Muy cerca estaba el novio: un muchachón, de pelo revuelto, que apenas despegaba los ojos del celular. La mamá de ella, la futura abuela, se nota cansada. Revisa la historia clínica, indaga sobre cada detalle o precaución. Ella sí sabe los riesgos a los que su hija se enfrenta.

La adolescencia constituye uno de los momentos más complejos en el desarrollo de un ser humano. Afloran decenas de contradicciones, anhelos, conductas y, en la mayoría de los casos, no se cuenta con las herramientas emocionales para manejar el torbellino emocional que aflora en esta etapa.

La Organización Mundial de la Salud (oms) define la adolescencia como la etapa que transcurre entre los diez y los 19 años. Además,

precisa que ocurren una serie de cambios fisiológicos, anatómicos y psicológicos que desempeñan un papel fundamental en el futuro de cada persona. Por supuesto, esa es la edad de los descubrimientos, de las ansias de libertad, pero un deseo momentáneo puede traer consecuencias que cambien el destino para siempre.

Lo ideal sería que el inicio de las relaciones sexuales estuviera acompañado por la madurez suficiente para disfrutar cada experiencia de forma plena, responsable, madura. Sin embargo, en la cotidianidad casi nunca se logran los escenarios ideales. Por ello, la educación sexual y reproductiva tiene que tener un rol determinante, porque podría evitar que una niña tenga que cuidar a un bebé, cuando ni siquiera está preparada para darle un sentido total a su vida propia.

La gestación impone retos para el cuerpo de una mujer en plena vitalidad. En el organismo de una adolescente puede constituir un peligro que se traduce, en el caso de la madre, en mayor riesgo de eclampsia, endometritis puerperal e infecciones sistémicas. La criatura puede padecer bajo peso al nacer, prematuridad o padecer cualquier afección neonatal grave, según datos de la oms.

Por otro lado están las huellas psicológicas: el miedo, la frustración, el no saber manejar los estigmas, el sentir que está perdiendo los sueños que tenía. También se resienten las relaciones con la familia. En ocasiones ocultan el embarazo por temor a la reacción de los padres, los cuales tienen que asumir la crianza de un bebé y, a su vez, continuar con la formación de su hija o hijo. ¿Pero qué pasa cuando se trata de un hogar disfuncional, cuando no existen sostenes para los adolescentes?

Sostener a un hijo en las manos constituye una de las mejores experiencias, pero no se puede romantizar la maternidad. Incluso dentro de una pareja funcional, dotada de resortes emocionales para afrontar el estrés y los cambios, que decidió y planificó la concepción, el nacimiento de una criatura representa un reto. ¿Cómo lo afrontará una niña que apenas asoma sus ojos a la realidad de la vida adulta?

Cada anhelo tiene su tiempo. Debe ser una encomienda colectiva de nuestra sociedad velar porque la adolescencia sea una etapa para crecer emocional, física y psicológicamente. De esa forma, los hijos llegarán cuando sea una decisión consciente, madura y deseada.

LA TINTA HABLA

